



Palabras de amor¹

Chus Gómez

Psiquiatra.

Psicoanalista. Socia de la sede de la ELP-Vigo.

Hospital Dr. Cabaleiro-Goás. Toén-Ourense.

“Toda demanda es demanda de amor”

Lacan J. “La significación del falo”. Escritos 1966.

“El amor es mudo solo la poesía lo hace hablar”

Novalis

“Nadie puede legislar el amor; no se le pueden dar órdenes, ni engatusarlo para que se ponga a tu servicio. Pertenece a si mismo, sordo a las súplicas, inmutable ante la violencia. El amor no es cosa que se pueda negociar. El amor es lo único más fuerte que el deseo y la única razón justa para resistir la tentación. Hay gente que dice que es posible cerrar la puerta a la tentación. Y los hay que piensan que los deseos extraviados pueden expulsarse del corazón igual que los mercaderes del templo. El transporte blindado más fiable sancionado por la Iglesia y aprobado por el Estado es el matrimonio”.

Escrito en el cuerpo. Jeanette Winterson.

Por tanto no sólo al principio fue el verbo, sino que lo es también al final y siempre... La palabra pues convoca y funda lugares y encuentros, en este caso para aproximarnos al tema del amor que intentamos cernir por medio de palabras.

Mi primera reacción al invitarme a hablar hoy aquí fue además de la alegría de un encuentro, también la vacilación y el temor...

como el escribiente Bartleby: “preferiría no...” pero la palabra estaba dada y como en un cuento fraguó: al principio era el amor...

La escritura es ausencia y la página en blanco presencia. Hube de esperar. La pluma comenzó a destilar palabras... a desangrarse, la tinta corrió desde el silencio y fue ahogando los espacios en blanco. Resonaba: Carencia, vacío, indecible, inoportuno, inclasificable,

¹ Conferencia de Clausura en las Jornadas de la AEN en Zaragoza. Mayo de 2005.



falta... Se configuraba así el espacio por el que debía de adentrarme. Intenté cercarlo.

El amor como la poesía se experimenta. No hay sabiduría posible en esto, no hay entendidos, ni expertos... los malentendidos son la norma. Cuando hablamos de él ya hacemos otra cosa... pues sabemos que Eros es ante todo un amante del saber, un filósofo. En realidad casi siempre hablamos del amor, no hablamos de otra cosa, aún cuando los esfuerzos que hacemos para intentar que vaya sin problemas no siempre lo consiguen... Tal es su estructura. Pasa la mano por el lomo de las cosas y verás que nada es lo que parece... amar y amor no se parecen.

Usaré la obra de Platón: El Banquete o del amor, leído por Lacan en el Seminario VIII dedicado a La Transferencia para decir algo al respecto.

A modo de resumen decir que el Banquete es uno de sus diálogos, en este caso en torno al concepto del amor. Sus escenas se desenvuelven justamente en un banquete en casa de Agatón, para celebrar el éxito de una de sus batallas. Los invitados irán tomando la palabra según el orden concertado para hacer un elogio del dios Eros, cada uno con su estilo. Fedro, Pausanias, Aristófanes, Eriximaco, Sócrates, Agatón, Diotima y finalmente Alcibiades, son los oradores principales. El texto se transforma así, en una serie de discursos sobre el amor que van desde lo más superficial a lo más profundo, destacándose el discurso final de Sócrates que nos entrega el pensamiento de Platón al respecto.

Freud define la masa como el amor uniendo a muchas personas reiterado en cada una de ellas tal y como ocurre en este congreso aquí en Zaragoza.

Como en un supuesto Banquete, se ha ido tomando la palabra con una serie de condiciones.

Se trata de la transmisión del saber, ejemplificado en El Banquete con el símil del paso de un líquido a través de un cordel de una copa llena a otra vacía.

“El Banquete es un rito, un juego de sociedad, un simposio en el que cada uno aporta su cuota en forma de pequeña contribución a modo de un discurso metódico sobre un tema”. Se establecerá una regla: no beberán demasiado... si bien la mayoría está ebria de la noche anterior... En este ceremonial irrumpe Alcibiades, que trastoca el orden inicial y empieza a hablar un poco, a tontas y a locas... inspirado por Dioniso, de cuya boca no salen sino verdades. Éste era su estilo marcado por provocar la opinión allí por donde pasaba: en la guerra, en la política, en el amor... realzando así el brillo de su belleza y de su inteligencia. Irrumpe para quejarse de su sufrimiento respecto a Sócrates, su amado. Sócrates en el Banquete dice muy poco en su propio nombre; se presenta como ignorante en las cosas del amor, como discípulo, y se hace hablar a través de una mujer, Diotima, pese a que en ese tiempo la mujer era excluida de la palabra y reducida a un rango “moral” inferior. Habla a través de la mujer que hay en él.

El discurso de Sócrates, el discurso del amor griego, aísla los dos participantes: el amante (erastés) y el amado (erómenos). Erastes es el que puede desear porque no tiene, el que está en falta; lo que en términos lacanianos sería decir: el sujeto tachado. Erómenos: es el sujeto que tiene, el amado. Su movimiento de báscula, su sustitución, será la metáfora que engendre la significación del amor. Ese es el acontecimiento milagroso en sí mismo: que el amado pase a ser el amante, que emerja el deseante.

Estamos ahí en el amor.

Pero en el amor no sólo está en juego la dialéctica del tener/no tener, sino que hay algo que tiene que ver con el no saber. ¿Qué no



saber? El erastés no sabe lo que le falta y el erómenos no sabe lo que tiene.

Cuando uno ama a alguien es posible preguntarse qué le encuentra.

Es decir, el amor está habitado por una ignorancia estructural y condenado salvo rectificación subjetiva, a repetir el fracaso amoroso de no ser que algo, en sus condiciones de amor, muy escritas en su historia, varíen. Porque las condiciones de amor para cada sujeto, para los dos sexos, se inscriben en el lugar exacto donde no hay relación (proporción) sexual. Surgen en el lugar de la relación sexual formalizada, en el lugar de la relación sexual que no existe. Esto lo saben bien las personas que trabajan con mujeres maltratadas: sólo las que modifican su posición subjetiva y no permanecen como víctimas, aunque lo sean, escapan al infierno dantesco del amor en el que se hallaban sumidas.

Frente al fracaso de la relación sexual que no existe, tenemos el amor como posible que no entiende de sexos en la constitución del partenaire. Partenaire que será el socio con el que se juegue la partida y que para el parletre humano, su sexo como tal, no dice nada en la constitución de éste. El partenaire será en definitiva lo que haga término de la relación sexual que no existe y vendrá siempre a ese lugar de modo sintomático.

El Banquete, relato de relatos, me orientará en este encuentro leído desde el Seminario VIII de Lacan dedicado a la Transferencia, surgida del encuentro entre la oreja de Freud y el saber de la histeria. Este encuentro dio origen al psicoanálisis. La transferencia fue el efecto con el que se encontró Freud como un hallazgo sorprendente, cuyo genio logró convertir en la maquinaria mantenedora de la cura. “La transferencia imita al máximo hasta confundirse con el amor” dirá Lacan, quién estudia El Banquete como si fueran las actas de una cura analítica, en donde Sócrates está en posición de analista.

Para el psicoanálisis el amor es: “dar lo que no se tiene a quién no es” aserto tan provocador como verdadero, pese a ser de entrada, lo más alejado de lo que suponemos en nuestra experiencia amorosa, inicialmente sumida en el terreno imaginario del amor narcisista, en el momento de la ceguera de amor, contraria a la pasión lúcida del odio que apunta directamente al corazón del ser.

He leído cosas revueltas, he releído... ya no he leído ni leeré igual... también he elucubrado un poco, para al final optar por dejarme arrastrar por un aluvión de palabras... al fin y al cabo palabras de amor o amor a las palabras con las que el otro nos acaricia y nos envuelve cuando nos ama.

Tal suele ser la condición de amor de la mujer: “que me hable” pide, mientras a él normalmente, le sobran las palabras...

Así surge una de las habituales quejas que da cuenta de la disparidad en el amor... del malentendido que soporta el imposible de la relación sexual para los seres hablantes. La mal-dicción del sexo y del amor.

Hagamos un poco de historia, vayamos al nacimiento de Amor. Aunque de paternidad simbólica platónica, es hijo de Poros (el recurso, la abundancia) y Penia (la pobreza, la miseria). Amor, intermedio entre lo mortal y lo inmortal, es capaz de nacer, morir y revivir en un día.

Pues bien, Poros y Penia, se encuentran como tantos amantes en una fiesta en la que celebran el nacimiento de Afrodita. Penia no está invitada, no tiene nada que ofrecer. Se queda en la escalera esperando las sobras del banquete. Poros ebrio, se queda dormido. Sumido en el sueño, no sabe, y ella aprovecha para hacerse embarazada por él, de algún modo viola su deseo mientras duerme.

La concepción de Amor por tanto coincide con el nacimiento de Afrodita, de ahí la relación



del amor con lo bello y con la violencia por el modo en el que fue concebido.

El amor tiene estas dos caras: la cara del Otro que tiene y la más fundamental, la del Otro en tanto no tiene. “Amor” tendrá las dos vertientes o sólo una, en función de la diferencia entre deseo y goce. El mito nos deja claro que en el tiempo del nacimiento de Amor, lo deseable, es lo masculino y lo femenino lo activo.

Este mito ejemplifica la definición lacaniana de que el amor es dar lo que no se tiene. Penia no tiene nada que dar salvo su falta constitutiva, estructura que se repite en la construcción de un discurso: elaborar una explicación válida sin tenerla. Se hubo de inventar por tanto el amor para suplir esa falla estructural que da al traste con la fantasía del Uno, ser mítico que sólo habita en el efímero mundo del enamoramiento, compuesto de seres esféricos. Figura perfecta, introducida por el cómico Aristófanes en el diálogo, para reírse e ironizar sobre el *sphairos* platónico. Frente a ella, la *spaltung*, la división constitutiva, que señala que el amor es cualquier cosa menos armonía.

Dice Miller: “Avanzar es seguir girando alrededor de lo imposible de decir, seguir intentando cercarlo aunque se sepa que la elección misma de la perspectiva que se toma implique una pérdida respecto de lo que se trata de demostrar. Y un avance no siempre es un progreso”. Me arriesgo pese a ello.

Posiblemente no todas las lenguas son iguales para amar, para hablar el amor. Siempre pensé que para hablar el amor, lo mejor era el francés con su bella virtud analítica y aglutinante y su sonoridad: L'Amour... condensa a la perfección el ideal amoroso: la fusión de dos en Uno, con-fundidos, fusion-a-dos... Con L'Amour el sujeto y el objeto llegan a la vez a la palabra en el momento en que es-dicha antes que en des-dicha se torne y Até, la desgracia, haga su presencia.

Y la desdicha amorosa es una de las figuras o de las declinaciones del des-amor, paradoja del lenguaje, que en su escritura—con un guión de separación—dibuja, marca, lo que con los golpes, rasga o rompe al objeto amoroso hasta a veces arrancarle la vida. Tal es el drama actual de muchos amores mal-tratados, amores en bancarrota de palabras, en los que la violencia se abre paso incluso a machetazos.

La cuestión dista mucho de ser actual. Las mujeres han sido pegadas a lo largo de toda la historia por los hombres, pero ahora esto tiene carácter de epidemia y de tal calibre que ha sido preciso legislar al respecto para garantizar de algún modo que esto se aminore. Por su parte las mujeres han tenido que recurrir a asociaciones para reivindicar con todo derecho ser bien tratadas. La cuestión es que esto puede ser leído como un síntoma actual más de la violencia, pero el quid es ¿Por qué ahora de este modo tan brutal este odio hacia la mujer?

M. Duras nos dirá a propósito del desamor: “Estás aquí pero este lugar es tan vasto que estar uno al lado del otro significa estar ya tan lejos que no conseguimos ni vernos ni oírnos”.

El Banquete deja claro que entre sus dos protagonistas: el amante y el amado, no hay ninguna coincidencia. Lo que le falta a uno, no es lo que está escondido en el otro. Ahí radica todo el problema del amor. El amado no sabe lo que tiene, en todo caso escondido y que constituye su atractivo, y el amante, va a buscar en el amado lo que le falta, lo que él no tiene. La discordancia de entrada está servida y el enredo del amor desplegado en el malentendido permanente que lo funda.

Para el psicoanálisis el amor es una metáfora, es decir, una sustitución de un significante por otro significante. La significación amorosa se produce en la medida en que la función del erastés, del amante —como sujeto de la falta— se sustituye a la función del erómenos, el objeto



amado ocupando su lugar. La sustitución de “él ama” por “él desea”, esto es la introducción de la función de la falta, está presente de modo muy patente en *El Banquete*. Es la función deseante del amor, y en torno a la articulación del eros–amor, y del eros–deseo que girará toda la dialéctica en el diálogo.

¿Cómo la situación analítica engendra la transferencia? El sujeto se dirige a aquel a quién le supone un saber que él desconoce sobre la causa de su sufrimiento y por ello cabe la posibilidad de que surja el amor, dado que se ama a quién se le supone un saber, de ahí la proximidad de la erótica con el saber. Pero no basta dar el saber que uno tiene para que suscite la dimensión del amor. Si seguimos la definición del amor —donde se trata de dar lo que uno no tiene— dar el saber que uno tiene, de ninguna manera produce el amor, sino a veces lo contrario. Dar el saber que no se tiene significa dar algo de su inconsciente, dar un saber en el cuál el sujeto mismo se traiciona, se revela y lo hace más allá de lo que él mismo sabe. El amor pasa por tanto por la existencia del inconsciente. El sujeto capta en el partenaire el tipo de saber que a él le responde a la no relación sexual, la elaboración sintomática que ha hecho de ese axioma estructural.

Freud no elige a Edipo como estructurante del deseo humano porque mate al padre y quiera acostarse con su madre, si no, y esto es lo fundamental, porque Edipo no sabe, porque desconoce lo que hace, es por su ignorancia la elección. Paralelismo que se repite con Amor que es concebido cuando Poros duerme momento en el que éste ya no sabe nada.

Sócrates introduce en el diálogo con Diotima la cuestión de la falta, núcleo constitutivo del amor. Él se presenta como ignorante, pero sería muy simple pensar que lo hace para no herir el amor propio de Agatón, su amado y que esa sea la razón de por qué habla a través de Diotima. Si se lo hace decir a ella es porque de este modo, las hiancias que se presenten no

son soportadas por él, por su discurso, sino porque de este modo, el saber que se le escapa, lo pone en boca de otro. Sócrates se conduce con Diotima en la dialéctica del más y el menos, es decir, plantea: “si el amor no es del orden de lo bello ¿es acaso del orden de lo feo?” Momento en el que Diotima se ve abocada a ubicar el registro al que pertenece el amor: entre la episteme y la amathia (ignorancia) sin ser ni lo uno ni lo otro.

Es decir ocupa un lugar intermedio entre la ciencia en el sentido socrático —la episteme— y la amatia, la ignorancia, la doxa, la opinión verdadera, considerada como aquella opinión de la cuál, aún siendo verdadera, el sujeto no sabe por qué es verdad. Es decir dar la fórmula sin tenerla tal y como ocurre en el amor. De este modo Sócrates aún sabiendo, no puede hablar de lo que sabe y hace hablar a alguien que habla sin saber. Sócrates demuestra que en el amor sólo hay discurso partiendo del “no se nada”.

Alcibíades con su entrada trastoca el orden del discurso y cambia las reglas. Ahora no se tratará de hacer elogios del amor sino de elogiar al otro que está sentado a la derecha, de discursar sobre él, sobre su relación, que a partir de ahora no será ya de dos sino de tres: número mágico del que los pitagóricos hicieron gran uso, clave del universo por tener principio, medio y fin. El elogio del otro sustituye no al elogio del amor sino al amor mismo.

La escena pivota ahora en un ternario constituido por Alcibíades, Sócrates y Agatón. Alcibíades pretende un signo de Sócrates, un signo de amor, quiere la manifestación concreta fálica, la más fálica posible del signo de su deseo. Usa el lenguaje de la pasión, porque le apasiona el sujeto Sócrates y su objeto escondido, su agalma, con su raíz etimológica en el brillo que deslumbra, que sea lo que sea, es siempre un objeto parcial y que Lacan intentó formalizar en el matema del fantasma, en su objeto petit a que intentamos circunscribir en la experiencia del análisis.



El agalma de Sócrates es lo que provocó el amor de Alcibíades y Sócrates le responde a su interpelación con una interpretación. Alcibíades compara a Sócrates con el sátiro Marsias y con el embrujo que se desprende de su canto. Pero ¿Por qué Alcibíades precisa de esta maniobra si ya todos saben que él es el amado por Sócrates? Alcibíades quería asegurar que el agalma de Sócrates está a su antojo, quería como dice Lacan, hacer caer a Sócrates de su posición de sujeto hasta la posición de objeto. Esto ejemplifica como el amor no apunta a lo bello sino a la caída del objeto ahora a su merced. Alcibíades nos muestra de este modo lo que en el amor no es para nada el ideal.

Sócrates rechaza mostrarle la metáfora del amor, en la medida en que rechaza ser el amado. Porque él sabe, rechaza de todas las maneras, haber sido el erómenos, el deseable, el digno de ser amado. Permanece indiferente, tranquilo, a las exigencias de Alcibíades.

¿Por qué no se produce la metáfora del amor? Porque Sócrates considera que en él no hay nada digno de ser amado identificado como está al vacío mismo. No cree en su propio agalma, no está sujeto a la cautivación del amor y queda tranquilo ante la investidura del amor. Identificado al vacío, es puro erastés, de ahí que su indiferencia sea a nivel del amor no del deseo.

Sócrates sabe que su agalma, la maravilla que Alcibíades supone en su interior, es el vacío mismo del puro sujeto del deseo, este es el saber de Sócrates y es lo que explica su rechazo respecto de la cautivación del amor.

Alcibíades no comprende lo que ocurre y confronta a Sócrates a la responsabilidad de responderle para manifestar que el agalma que porta Sócrates, el objeto de su deseo lo quiere porque lo quiere, sea su bien o su mal. Es un hombre de deseo decidido. El milagro amoroso queda patente al convertirse Alcibíades

en sujeto deseante sabiendo como es que es un sujeto amado por Sócrates.

Sócrates que se presenta siempre como amante de jóvenes mancebos acaba siempre siendo amado por ellos por efecto de su palabra. Es un experto en erótica, un genuino amante del saber.

Sócrates ante la proclamación pública por parte de Alcibíades de su fracaso amoroso hace una interpretación y le dice: muy bien, tu discurso es éste, ¿Por qué lo dices? Lo dices por Agatón, el tercero en disputa, siempre presente en el amor. Sócrates nos da aquí la esencia de la interpretación analítica, apunta al objeto y se hace cómplice hasta el elogio de Agatón; es decir se dedicará a la exaltación del objeto del deseo del Otro.

“Fedro y Eriximaco abandonan la casa como personajes preocupados que son de su salud, de la templanza y de la armonía... Aristodemo ve al despertarse a Sócrates, convenciéndolo a Aristófanes de que un dramaturgo debe de escribir tanto dramas como comedias; se duerme Aristófanes, después Agatón y Sócrates deja la casa para seguir con su jornada habitual dando con ello un ejemplo de la veracidad del elogio de Alcibíades”. (Lacan, seminario VIII)

Lacan al final de su enseñanza vuelve a interrogarse por el amor en el seminario “Aún” donde da una definición no narcisista del amor diciendo: “en el amor se apunta al sujeto”.

Para Lacan el inconsciente está estructurado como un lenguaje y el amor será puesto a prueba en la estructura del lenguaje, mientras para Freud el amor está en el orden del narcisismo, del registro imaginario y la palabra no interviene.

Lacan interroga el amor a partir del callejón sin salida de lo sexual y expone su tesis: “la relación sexual no existe”. Evidentemente no



hace referencia a los encuentros amorosos entre los seres hablantes, sino a la falta de proporción, en cuanto a relación entre los sexos, es decir, no existe aquél objeto amoroso que nos complete. Las condiciones de amor para los dos sexos se inscriben en el lugar exacto donde no hay relación sexual, surgen en el lugar donde cabría encontrarse la relación sexual formalizada. Si la relación sexual existiera, bastaría con reconocer en un individuo el otro sexo para elegirlo y sabemos que eso no basta. No hay una condición universal de la elección de objeto, lo que implica que siempre hay una peculiaridad contingente cuando uno toca la dimensión de esas condiciones. Para Freud el desciframiento de las condiciones de amor que propone en “Contribuciones...” es de tipo edípico; no existe el otro sexo como tal sino valores del otro sexo, conceptualización que en Lacan será lo que se dice “la significación del falo” para el sujeto. Es decir, al Otro hemos de atribuirle un valor fálico para poder amarlo.

El psicoanálisis se funda en este principio de que la relación sexual no existe, y es en el enfrentamiento ante ese impasse, donde el amor se pone a prueba.

Si bien no hay ese Uno ilusorio, si hay signos de amor en los que los amantes confían y que nos orientan, aunque nos pierdan a veces en la travesía amorosa. Para Lacan lo que importa en el amor es el signo que éste hace, no su sentido. Frente a la prueba de amor que pasa por el sacrificio, el signo de amor es sin embargo algo de lo efímero, un casi nada que desaparece, que se esfuma... y tan importante para la mujer que ella lo busca en el otro hasta el punto de inventarlo si es preciso.

No hay nada natural en lo sexual humano, ni ningún saber previo en el encuentro con el otro sexo que nos oriente, motivo por el que lo sexual es traumático por estructura. Se presenta intrusivamente, de modo violento sin que haya nada para acogerlo. No tenemos un saber instintivo como los animales que nos indique

como acceder al otro sexo, es una invención, una pasión. Padecemos del sexo.

Para los animales el sexo es del orden de la necesidad. Se les impone desde lo biológico, no pueden elegir ni como ni cuando ni con quién. En todo caso la hembra ha de cargar con lo que la ley del más fuerte deja en la pelea tras la parada nupcial. Ellas han de consentir al macho ganador sin preguntarse si esto que les ha tocado en suerte, era lo que ellas hubiesen elegido... si es lo mejor.

Esta claro que estas elucubraciones son más, no suceden en el mundo animal, pero estas y algunas otras más complejas, conforman lo natural del parletre humano para quién, sin excepción, el trauma en este terreno es universal.

Lo traumático es la falta de saber de lo sexual, que no se recubre con lo educativo o pedagógico sobre la reproducción, la fisiología, o la anatomía de los cuerpos hablantes. Lo traumático para cada uno es el encuentro con su propio goce sexual. En el sujeto histérico sus fantasmas nos hablan de un goce vivido como pasivo, siendo el objeto de una seducción por parte del otro, que fuerza.

Del lado del obsesivo, será el exceso de goce obtenido en una posición activa lo que le sobrepasa y lo violenta. Sea como sea en el encuentro nunca existe “la justa medida”, la proporción. Para muestra remítase cada uno a su propia fantasmagoría, a su encuentro y a las condiciones en las que esto tuvo lugar y verá.

Y si de condiciones hablamos, con algo de lo fundamental que ordenará nuestros encuentros hemos topado: las condiciones de amor para cada sujeto, en donde nada de lo casual, más allá de la contingencia del encuentro, está en juego. Antítesis del universal animal del: “cada sapo tiene su sapa” en nuestro caso es algo así como: “el ideal amoroso del sapo... no siempre es una sapa...” por decirlo como en



los cuentos infantiles y aprovechando que ahora parece que vuelve la moda de que la sexualidad comienza en la adolescencia (a juzgar por los libros de texto universitarios sobre psicología evolutiva)... cargándonos de un plumazo la sexualidad infantil, para cuya constatación sólo hace falta tener unos niños cerca...pero en fin, será el mito de la infancia feliz que vuelve, pero que difícilmente casa con la irrupción de otro de los nuevos fenómenos de la modernidad: la violencia infantil, algo realmente propio de este tiempo de esta manera. Aquí la pregunta también sería la propuesta para las mujeres antes ¿qué ocurre?

Freud en “Tres contribuciones a la psicología de la vida amorosa” nos dice que el amor obedece a reglas y esto fue de lo más novedoso. Impensable hasta él como tantas cosas. En estos tres trabajos (“Sobre un tipo especial de elección de objeto en el hombre” “Sobre una degradación particular de la vida erótica” y “El tabú de la virginidad”) intenta aclararnos las condiciones de amor que gobiernan la elección del objeto de goce para cada uno, señalando el amor como velo que tapa: de que se goza en quién se ama. Aquí la figura del amor está próxima a la de la ignorancia otra de las pasiones del ser.

Freud nos explica que para algunos hombres la elección de pareja se hace sobre una condición particular: que la mujer sea infiel... en su ejemplo se ve claro que la condición amorosa incluye la pasión de los celos, el odionamoramamiento según Lacan. Esto implica que en esta pareja la violencia está siempre latiendo con riesgo de pasar al acto; ese hombre necesita que la mujer no—toda sea suya para desearla. Si la mujer cambiara, al no cumplir esta la condición de amor, el deseo desaparecería. No es así la celotipia en la mujer, para quién ésta se estructura desde lo imaginario de que: su partenaire ama a todas las mujeres que le gustan a ella misma por albergar le secreto de la feminidad... son las mujeres

que siempre se acaban celando de que su mejor amiga, es objeto del interés de su marido...

En el enamoramiento creemos que tenemos el objeto completo que nos colma la falta. El velo del amor tapa el objeto de goce que se busca en el otro, que nunca es total sino un objeto parcial, que tiene un rasgo que cumple la función de un fetiche. Es el rasgo fetichista del amor. Queremos en el otro, ese rasgo fetichista que es lo más íntimo de nuestro ser de goce; rasgo que se nombra más desde la injuria que desde la palabra de amor.

De ahí que Lacan diga que no hay amor sin odio y lo nombre “odionamoramamiento”. El amor es engañoso porque idealiza al objeto, quedamos apresados por el semblante y negamos la falta, aliándonos con la ignorancia y de esto sabe bien el refranero popular: el amor es ciego, los amantes están embozados...El odio toca al núcleo del ser de falta del sujeto, para dirigirse a Otro que lo complete en su ser de goce, constituyendo al partenaire—síntoma como dice Miller al que se accede de modo distinto según los sexos y según la estructuración subjetiva, lo que condena a la violencia amorosa en distintos grados.

Si del lado mujer, la histeria es el modo de relación al deseo y al goce como más frecuente, desde el lado masculino, lo es la obsesión. Con este molde se constituyen de modo más habitual las parejas amorosas. La histérica siendo el objeto que le falta al Otro, se garantiza su ser en el fantasma; ella le hace falta al Otro, le completa. Desatará su agresividad ante el hombre que no muestra su falta, dado que entonces ella no sabe que ser para el Otro, al contrario derrochará sus cuidados al que se muestra castrado, esto es: en falta. Su aire de extravío viene dado porque ella puede ser lo que haga falta dado que hace depender su deseo del deseo del Otro. Confunde el deseo con la insatisfacción lo que la puede llevar al estrago en la relación amorosa.



En el caso obsesivo amar a alguien en particular puede ser un problema por su dificultad para mostrarse en falta. Mejor amar a la humanidad como sublimación filantrópica. Amar supone demandar ser amado, hacerle sentir al Otro la falta de uno; el obsesivo no podrá amar, si no consiente en aceptar que algo le falta, cosa difícil para él como hombre y obsesivo por su relación con la castración. Además el obsesivo no busca tanto la falta en el Otro como el defecto. A la mujer que ama pronto le encontrará un “algo” para desvalorizarla y así poderla desear. Necesita anularla para desearla. Es un “sí... pero no”.

Esta inversión del amor en odio fue señalada por Freud al decir que éste transforma sus impulsos eróticos en agresivos hacia el objeto, sustituyendo el amor por el odio. El obsesivo no necesita del Otro. Se complace sólo, goza en soledad de sus fantasmas; ama de modo idealizado en la distancia pero cuando el objeto está cercano y vivo y le pide su falta, puede desencadenarse la violencia.

De este modo se articula la lógica de algunas parejas en las que el amor y la violencia parecen la misma cara de la misma moneda; hombres interesados en sus objetos y mujeres esperando las palabras de amor, el signo de amor; unos en el registro del tener y ellas en el del ser para el Otro. Esto explica el estrago del abandono amoroso para la mujer y las privaciones que puede soportar en nombre del amor lo cuál se ha entendido como un pretendido “masoquismo femenino constitutivo”, cuando no es más que el fantasma masculino por excelencia.

Es decir la imposibilidad de la proporción soporta en su núcleo la violencia del amor y en el amor, que nos lleva a no soportar en el otro lo más íntimo de nosotros mismos y a los fenómenos del racismo en sus diferentes vertientes como relación con el Otro de la diferencia.

Para finalizar tomo la frase de Lacan: “un nuevo amor”, que Lacan toma de un poema de Rimbaud, para dar cuenta de la novedad lacaniana respecto del amor: nuevos amores son posibles.

Frente a la repetición freudiana, que siempre viene a toparse con el mismo objeto, reencontrado y sustitutivo de alguno de los objetos fundamentales previos a la barrera del incesto, Lacan nos dirá que el amor es invención, elaboración de saber. Que el amor es un modo de dirigirse al “a” a partir del Otro del significante. Amar es un esfuerzo por nombrar el objeto a, causa del deseo, darle un nombre propio y armar a su alrededor una obra de lenguaje, sin olvidar que por detrás del amor está siempre la castración y que la relación con la misma tiene efectos en la modalidad de amor y de goce de un sujeto, con consecuencias por tanto en su partenaire. Al final del análisis se tratará de una transformación de la transferencia, no de su desaparición: se produce un descubrimiento: no hay Otro del Otro, porque es un semblante... está hecho del uno a uno y su caída es lo que da lugar a una invención.

Quizás se trate de curarse del amor pero del amor en tanto repetición.

24 Mayo 2005





BIBLIOGRAFÍA

- 1 Platón. *El Banquete*. Ed. Planeta.
- 2 Jacques Lacan. *Aún. Seminario XX*. Ed. Paidós.
- 3 Jacques Lacan. *La transferencia*. Seminario VIII. Ed. Paidós.
- 4 J. Alain Miller. *Lógicas de la vida amorosa*. Ed. Manatíal.
- 5 Sigmund Freud. *Obras completas: tomos IV, VI*. Biblioteca Nueva.
- 6 Margueritte Duras. *El amor*. Ed. Tusquets.
- 7 R. Barthes. *Fragmentos de un discurso amoroso*. Ed. Siglo XXI.
- 8 Las pasiones del ser: el amor, el odio y la ignorancia. *Cuadernos de psicoanálisis*. Revista del Campo Freudiano en España. Ed. Eolia.
- 9 E. Laurent. *La disparidad en el amor*. Conferencia de Tours, septiembre del 1999.
- 10 Manuel Fernández Blanco. *El amor maltratado*. IX Jornadas “el psicoanálisis hoy”. Destinos del amor. Coruña 4–5 marzo de 2005.
- 11 José Antonio Naranjo Mariscal. *Una posición masculina frente al deseo propio y el goce femenino*. IX Jornadas “El psicoanálisis hoy”. Destinos del amor. Coruña 4–5 marzo 2005.
- 12 Manuel Fernández Blanco. La violencia amorosa. *Finisterre Freudiano*, 12, 2002, pp.63–69.
- 13 Josep Sanahuja. El amor lacaniano. *La Gaceta del Consejo*. Mayo 2004.
- 14 J. Alain Miller. *Los usos del lapso*. Paidós.
- 15 J. Alain Miller. La theorie du partenaire. Cuarto n° 77. “Les effets de la sexuacion dans le monde”.
- 16 J. Alain Miller. Le signe de l’amour..Letterina. Archives de la L’A.C.F.–Normandie n° 2.
- 17 Acerca del sujeto supuesto saber. EOI–Paidós.
- 18 Finisterre Freudiano n° 5. “Qué eligen las mujeres?”